

ESTUDIOS MICHOACANOS IV

Sergio Zendejas
Coordinador



EL COLEGIO DE MICHOACAN

Estudios Michoacanos IV

Sergio Zendejas Romero
Coordinador



El Colegio de Michoacán

ÍNDICE

Presentación	9
<i>Sergio Zendejas Romero</i>	
I LA REGIÓN PURUANDIRENSE	
Los préstamos particulares en el campo y la formación de la región de Puruándiro, 1821-1910	19
<i>Heriberto Moreno García</i>	
Notas para el análisis de una movilización social en el municipio de Puruándiro, 1979-1980	45
<i>Xochitl Leyva Solano y Gabriel Ascencio Franco</i>	
II ZACAPU	
Movimiento social, sociedad civil y legitimidad: El caso del Movimiento Democrático de los Trabajadores de la Educación en Zacapu	63
<i>Luis Ramírez Sevilla</i>	
III LA CIÉNAGA DE CHAPALA	
Ixtlán: La desamortización de bienes indígenas en una comunidad michoacana y el ascenso de un arrendatario	91
<i>Martín Sánchez Rodríguez</i>	

Política y un poco de agrarismo en La Bolsa de Guaracha 117
Alvaro Ochoa Serrano

IV EL CORAZÓN DEL BAJÍO ZAMORANO

Monopolio y circulación de la propiedad de la tierra en
Zamora, siglos XVI-XIX 133
Cayetano Reyes García

La lucha por el espacio urbano en Zamora, durante los
ochenta 167
Miguel Hernández Madrid

V LOS TERRITORIOS PHURHÉPECHA

El conflicto por la tierra en dos pueblos de la ribera del
lago de Pátzcuaro: San Pedro Zurumútaro y Santa María
Tzentzenguaro; siglos XVII y XVIII. 181
Luise Margarete Enkerlin Pauwells

Procesos políticos en la cuenca lacustre de Pátzcuaro 205
José Eduardo Zárate Hernández

La política de agua potable en la meseta purépecha y sus
implicaciones 233
Patricia Ávila García

El triundo de Leco: ideología popular, competencia musi-
cal e identidad phurhépecha 259
J. Arturo Chamorro Escalante

PROCESOS POLÍTICOS EN LA CUENCA LACUSTRE DE PÁTZCUARO

José Eduardo Zárate Hernández

PUNTOS DE PARTIDA

En los últimos años la Cuenca Lacustre de Pátzcuaro, al igual que otras regiones del estado, ha sido escenario de fuertes enfrentamientos y movilizaciones políticas. Desde hace más de diez años hay enfrentamientos y conflictos entre indígenas y mestizos por tierras y recursos naturales y más recientemente se han dado importantes movilizaciones en torno a los procesos electorales tanto nacionales como estatales. Las implicaciones de estos procesos políticos han sido, a grandes rasgos, el rompimiento temporal del orden público (tomas de oficinas y lugares públicos y enfrentamientos violentos entre los contendientes) además del trastocamiento y el cuestionamiento de las estructuras de poder y control tradicionales en el área. No es casual que tanto en el movimiento indígena, como en los procesos electorales de finales de los ochenta, se den enfrentamientos violentos, muy frecuentemente entre antiguos correligionarios, así como la alternancia de momentos de auge inequívocos y otros de decaimiento generalizado y de poca participación. Por lo mismo, una característica central de estos procesos políticos ha sido la intensidad con la que se han dado, lo que se manifiesta en un desencanto rápido e incuestionado, luego de una participación emotiva y desmedida.

En este trabajo me propongo confrontar el comportamiento político que en el último trienio han mostrado dos localidades de la cuenca lacustre: la comunidad indígena de Santa Fe de La

Laguna, en la zona norte de la cuenca y la localidad mestiza de Tzurumútaró en el sureste de la cuenca. La comunidad indígena de Santa Fe de La Laguna pertenece al municipio de Quiroga. Por su población, cerca de 4 mil habitantes, y extensión, casi 5 mil hectáreas cuadradas, es una de las más importantes de la cuenca. Por su parte Tzurumútaró, es un ejido mestizo, pertenece al municipio de Pátzcuaro, cuenta con una población de cerca de 2 mil habitantes y una extensión de 2,250 has. Su importancia radica en que ocupa gran parte de las tierras del único distrito de riego de la zona. Consideramos que ambas poblaciones son representativas de dos historias distintas escritas en un mismo espacio geográfico.

A nivel local tanto las lealtades primordiales (familia, comunidad, etnia) así como las relaciones no institucionales han sido fundamentales en la conformación de grupos de interés político. Por grupo de interés político nos estamos refiriendo tanto a las organizaciones políticas etno-campesinas, como a los nuevos agrupamientos partidistas que operan a nivel local y regional, en cuanto el objetivo de sus miembros (o participantes) es lograr readscripción política al interior del sistema de poder y dominio mayor, es decir del estado. De manera significativa la población de ambas localidades participó en los procesos electorales de 1988 y 1989, sin embargo su comportamiento fue muy distinto. Las diferencias en la conformación histórica de cada localidad así como el mantenimiento de diferencias étnicas resultan centrales para entender los contrastes en los niveles de participación que se dieron en cada una. Como ya se ha señalado (Zepeda, 1988; Tapia, 1984) la peculiar conformación regional de Michoacán hace que procesos políticos de largo alcance (como son los procesos electorales nacionales y regionales) adopten características contrastantes de región a región. En este caso, dadas las peculiaridades de la cuenca lacustre, que a continuación describiremos, se dan contrastes entre las mismas localidades.¹

1. Para una descripción general de la situación política del Estado de Michoacán luego de éstos procesos electorales véase Hernández, 1989.

El objetivo de este trabajo es, en primera instancia, describir a grandes rasgos la formación de dos tipos de sociedades distintas en un mismo espacio regional; y, en segunda instancia comparar el comportamiento político de estas sociedades, a partir de los niveles de participación que cada población muestra en los recientes procesos electorales. Consideramos que de esta manera podríamos intentar superar algunas de las burdas generalizaciones que en torno a la participación y la configuración política de Michoacán se han hecho en los últimos tiempos.

UN ESPACIO Y VARIAS HISTORIAS

Como región la cuenca lacustre ha sido caracterizada de varias maneras: campesina, tradicional o tradicionalista, conservadora, turística o típica, marginal o doblemente marginal (tanto con respecto a los centros de poder estatales, como al resto del área phurhépecha, Moone, 1974). Sin embargo, lo que sí queda claro es que no constituye un espacio cerrado, autónomo y que cuente con mecanismos propios de control y dominio, alternativos a los del estado nacional. En cuanto no cuenta con una élite económica y política capaz de establecer un proyecto propio y de mantener cierto nivel de autonomía con respecto de los centros de poder de carácter nacional, la cuenca difícilmente podría ser considerada como una región social (Roberts, 1980); sin embargo, en cuanto mantiene redes de relaciones significativas para los individuos y grupos sociales que aquí se asientan constituye por derecho propio una subregión, parte del centro de Michoacán, cuyo eje rector se encuentra en Morelia. Lo que estructuralmente significa que las élites gobernantes locales mantendrán una relación de subordinación con respecto a las élites empresariales y gobernantes nacionales asentadas en la capital del estado.

Si algo caracteriza a la cuenca lacustre es precisamente su carácter abierto, ni en términos ecológicos, políticos, culturales o económicos la cuenca constituye un espacio cerrado. Como parte

del sistema volcánico transversal, la cuenca constituye una zona de transición entre el macizo montañoso característico de la meseta tarasca --donde predominan los bosques de pino y encino, combinados con las "joyas" y donde se práctica una agricultura de temporal--, y las tierras planas de los valles del centro de Michoacán, --donde se practica principalmente una agricultura maicera de temporal y en algunos casos de riego, como en el distrito de Tzurumútar--. Esta situación hace que la cuenca constituya un verdadero mosaico ecológico en el que las soluciones sociales a la relación con el medio ambiente se fragmentan casi al nivel de localidad, lo que trae consigo la aparición de múltiples prácticas productivas que cubren una amplia gama y que van desde diversos tipos de pesca, caza y recolección, hasta las actividades manufactureras en serie en pequeños y medianos talleres artesanales, pasando por los diversos tipos de agricultura que se practican en el área (Toledo, 1984). A diferencia de otras zonas de la misma región tarasca, donde el predominio de algún elemento natural ha llevado al desarrollo de formas más intensivas de explotación, el no predominio de ningún elemento natural en particular; en cierta medida, ha provocado que la población autóctona de la cuenca tienda a realizar un uso múltiple de los recursos del medio (Ibid.)

Lo magro de los recursos naturales con que cuenta la cuenca, así como la diversidad de respuestas que se han dado localmente a la relación con el medio, ha tendido a reforzar los sistemas de intercambio (y reciprocidad) que se dan en este espacio. De la misma manera, la incertidumbre provocada por sistemas de producción altamente dependientes del medio --como son la agricultura y los diferentes tipos de artesanía que se practican en la cuenca-- ha contribuido, en cierta medida, a fortalecer en los habitantes de esta región un comportamiento económico tendiente más hacia la búsqueda de seguridad para las unidades productivas tradicionales (como lo es la familia), que a la búsqueda de la capitalización de estas unidades productivas. (Dinerman, 1974; Acheson, 1987).

Como lugar de enlace y transición, en varios momentos históricos, diferentes puntos de la cuenca han funcionado como centros de acopio y redistribución de productos provenientes de diversas regiones, como sucede en la actualidad con las ciudades de Pátzcuaro y Quiroga, importantes centros de acopio y distribución de las manufacturas del área y de los productos agrícolas provenientes de otras regiones; como sucedió en otros tiempos con Pichátaro, punto de enlace fundamental entre el lago y la sierra; y, como sucedió en la época prehispánica con los mercados indígenas que operaban en esta área nuclear del estado tarasco, cuya función esencial era proveer de artículos suntuarios a la élite gobernante y de bienes de consumo al resto de la población. (Gorenstein y Pollard, 1983; De Alcalá, 1980)

Históricamente la cuenca como sistema social ha debido estar vinculada a otras regiones. Resulta difícil imaginarse a los grupos pretarascos (prototarascos y nahuatlatos) que habitaban la cuenca viviendo en un aislamiento total, trabajos recientes han demostrado que el flujo y el intercambio de productos entre los distintos grupos que poblaban el occidente de México era más una constante que una excepción. Antes de que se conformara el estado tarasco ya existía una red de mercados en el área que luego sería utilizada por el grupo gobernante para hacer llegar a la cuenca mercancías esenciales para mantener su *estatus*, --como plumas, piedras preciosas, conchas de mar y otros artículos suntuarios-- así como para sostener a la gran población (entre 70 y 90 mil habitantes a la llegada de los hispanos) que cubría la cuenca lacustre. (Gorenstein y Pollard, *op. cit.*) Con esta finalidad el grupo gobernante (*Uacusechaneani-zacapu-ireti*), asentado en la cuenca, conforma una extensa red de mercados que articulaba en un solo sistema, varias regiones y nichos ecológicos separados entre sí por grandes distancias, permitiendo el intercambio de productos entre la zona fría y la tierra caliente, el oriente y el poniente, a fin de asegurar el flujo continuo de bienes suntuarios y de consumo a la cuenca.

De la misma manera, el establecimiento del régimen colonial, más que la completa destrucción, trajo consigo una completa

reestructuración de este sistema de interdependencias regionales, ahora en función del abasto de los centros de poder y la economía coloniales. Como Durston (1976) ha señalado, se revitalizan algunos centros de mercadeo sobre todo los que permitían la vinculación con la tierra caliente, se crean otros nuevos, mientras que otros se transforman y finalmente desaparecen. De cualquier manera la existencia de comunidades especializadas en ciertas manufacturas y de un sistema de intercambios e interdependencias entre comunidades es el resultado de una economía regional establecida durante esta época. (Dinerman, *op. cit.*) El restablecimiento de las antiguas rutas de comercio y el acondicionamiento de los caminos reales (varios de los cuales atravesaban la cuenca) permitió el intercambio con otras regiones. Durante la colonia se exportaban hacia otras regiones, entre otras cosas, algunas manufacturas como lacas y cajas de madera, así como el tradicional pescado. Como formación histórica, esta región, es en gran medida un producto colonial y en particular de la mentalidad contrarreformista de los franciscanos y otras órdenes religiosas (algunos dirían del proyecto quiroguiano) para quienes la conformación de un sistema de intercambios e interdependencias regionales, que funcionaría como un macrocosmos, era tan importante como la reconstitución de las comunidades indígenas como microcosmos cerrados y autocontenidos, que idealmente ayudaría a los indígenas a mantenerse en su estado natural. La existencia de importantes vías de comunicación que ligaban a esta región con la tierra caliente y con las minas de cobre permitieron, --luego del establecimiento de ranchos y haciendas en ciertas zonas de la cuenca-- la migración temporal de mano de obra hacia estos sitios.

A la par de la reconstitución del sistema de intercambios regionales y de las comunidades indígenas, se dio simultáneamente un proceso de decaimiento de la población indígena por causa de las epidemias y un proceso de repoblamiento de ciertas áreas de la cuenca por pobladores hispanos. El hecho más importante fue sin duda el cambio del centro político de la región de Tzintzuntzan a Pátzcuaro, realizado precisamente por Vasco de Quiroga; y poste-

riormente la creación de la ciudad de Valladolid, lo que vino a confirmar definitivamente el nuevo orden colonial y convirtió a la cuenca en un lugar subordinado de segundo orden y al antiguo centro político tarasco, Tzintzuntzan, en un lugar de tercer o cuarto orden. El reagrupamiento de los indígenas, que habían quedado dispersos, en comunidades según el modelo de hospital-pueblo, implicó la delimitación del feudo de cada comunidad de acuerdo a la legislación colonial, lo que posibilitó el establecimiento en la zona de haciendas (dedicadas principalmente al cultivo de maíz y trigo) y estancias ganaderas, algunas de estas haciendas eran administradas por las órdenes religiosas.

Las haciendas serán otra de las instituciones que de manera más significativa configurarán el espacio regional. Las haciendas o ranchos no tendrán una gran extensión y se establecerán sobre todo en la franja de tierras planas que va del sur al este de la cuenca formando, durante los siglos XVII y XVIII, un verdadero cinturón que tenderá al encapsulamiento de las comunidades indígenas asentadas en esta área.

Hacia principios del siglo XIX, poblaciones como San Pedro y San Bartolo Pareo y Nocutzepo, en el sur de la cuenca, tendrán que emplearse como peones de la hacienda de Charagüén que ocupará todos los terrenos de cultivo circundantes, además de migrar temporalmente a trabajar a los trapiches a Tierra Caliente y las minas de cobre al sureste de la ciudad de Pátzcuaro; lo mismo sucederá con el poblado de Santa Ana Chapitiro circundado por la hacienda de Aranjuez, así como con los poblados de Huecorio, Tzintzenguero que carecerán de tierras de cultivo ya que éstas serán ocupadas por la hacienda de San Nicolás; hacia el sureste, la comunidad de Tzurumútaró, verá limitados sus terrenos de cultivo por la hacienda de Taretan (administrada por jesuitas y luego por agustinos) y por las de Chapultepec y Buena Vista. Más hacia el este Tzintzuntzan y Cocupao vieron aparecer y crecer a las haciendas de Sanabria, La Tenería, La Hacienda de los Ponce de León e Itziparamuco. (Bravo, 1960, Brand, 1951)

Hacia el oeste, en lo que hoy día corresponde al municipio de Erongarícuaro y parte del de Quiroga también se establecieron algunas pequeñas haciendas y ranchos mestizos, como la hacienda de Opongio que ocupaba los terrenos planos de la comunidad de San Andrés Tziróndaro, cuyos pobladores tenían que rentar tierras a esta hacienda. (Bravo, *op.cit.*) Sin embargo, lo más importante en esta área fue el desarrollo de la hacienda maderera que impulsó el establecimiento de nuevos asentamientos de población no indígena en el área serrana a fin de hacer una explotación extensiva del bosque. Posteriormente algunos de estos poblados como Tzinziro, La Zarzamora y Yotátiro (y más recientemente Lázaro Cárdenas) se convertirían en ejidos mestizos agroforestales. Hacia el norte el área estaba dominada por tres comunidades indígenas, que, gracias a la protección del cabildo eclesiástico de Valladolid, lograron mantener su feudo: Santa Fe de la Laguna, San Jerónimo Purenchécuaro y San Pedro Zipiajo. Los indígenas aquí asentados se dedicaban tanto a la agricultura en pequeña escala como a la fabricación de algunas manufacturas: en San Jerónimo a la fabricación de cajas de madera, en Santa Fe a la de bateas y al cultivo de árboles frutales, mientras que en Zipiajo se dedicaban a curtir cueros y a fabricar zapatos.

Por su parte Pátzcuaro, se convirtió en el asiento primero de las órdenes religiosas y posteriormente de la élite criolla que fincó su poder económico y político en el control de la tierra y el comercio local y regional. Ellos eran los dueños de los ranchos y haciendas, y de los trapiches cuya azúcar se exportaba hacia los centros mineros importantes, como Guanajuato, Zacatecas, Durango y Chihuahua, así como de las minas de cobre situadas en Inguarán y San Chiguelo (?). (Bravo, *op.cit.*) Conformaban una verdadera aristocracia criolla que mantenía cierto poder económico sobre una amplia región que sobrepasaba los límites de la cuenca. El poder económico de esta élite se tambaleó a principios del presente siglo con la reforma agraria; sin embargo su poder político a nivel local se mantuvo hasta bien entrado el presente siglo. La significativa presencia de las órdenes religiosas y su labor evangelizadora y

social permitió el funcionamiento de este sistema de control y dominio, sobre todo a partir de la conformación de un nuevo sistema de culto religioso en el que las organizaciones locales, como las cofradías, jugaban un papel central en el funcionamiento del sistema de fiestas locales y regionales.

Estas tendencias que se manifestaron durante los siglos XVII y XVIII habrán de lograr su expresión más nítida a finales del siglo XIX, luego de las leyes de reforma. Si bien los efectos de las leyes de desamortización fueron desiguales, incluso en la misma cuenca (en algunas comunidades prácticamente no se llevaron a cabo, mientras que otras no tenían más que repartir), mostró como en pocos momentos la supremacía indiscutible del proyecto criollo y mestizo de sociedad, sobre la población indígena que en ese momento se halló más desprotegida que nunca. En términos de la conformación del espacio regional es en este momento, finales del siglo XIX, en que se define con mayor claridad la composición poblacional y espacial de la cuenca.

El hecho más importante que caracterizaría a este espacio es sin duda el surgimiento de una gran población mestiza que sobrepasaría en mucho a la población indígena y criolla del área. La mayor parte de comunidades y poblados (por no decir todos) de la franja sur-este que habían sido encapsulados por las haciendas, a finales del siglo XIX serían todos mestizos, así sucedió en Nocutzepo, San Bartolo y San Pedro Pareo, Santa Ana y Huecorio, en el sur; y, Tzurumútaró, Tzintzunzan y Cocupao, en el este. Aunque en muchos de estos poblados, como sucedió en otras regiones tendrían por diferentes mecanismos el recuerdo de haber sido comunidad indígena y en muchos casos, pedirían la restitución de las tierras de la comunidad. Además de que la gran mayoría de ellos seguirían participando en ciclos y las redes de intercambio que se darían en torno a las fiestas y los mercados regionales. Sin embargo, culturalmente, su población, se distanciaría tanto de los criollos como de los indígenas. Desde principios del presente siglo, la población mestiza constituiría el 80% de la población del área, mientras que la población indígena sólo el 20%. El mestizaje se

extendería también a la zona poniente, con pocas excepciones el área de Erongarícuaro, incluyendo esta importante población, sería a principios de siglo mayoritariamente mestiza.

La población indígena de la cuenca quedaría reducida a unas cuantas grandes comunidades de la ribera (como Santa Fe, Ihuatzio, San Jerónimo, San Andrés), a las islas del lago (como Janitzio, Xarácuaro, Uranden, Pacandan) y a una serie de pequeñas rancherías esparcidas en el contorno del lago (Espíritu, Ucasanástacua, Poácuaro). La mayor parte de las comunidades indígenas lo siguieron siendo porque (además de la conservación de ciertos rasgos culturales) lograron mantener formas propias de organización territorial así como el control comunal de la tenencia de la tierra. Mientras que las poblaciones mestizas, la mayoría de las cuales había sido despojada de sus tierras por las haciendas, fueron restituidas pero en forma de ejidos, lo que vino a confirmar su carácter no indígena sino mestizo. Por su parte la población criolla se mantendría asentada en la ciudad de Pátzcuaro y encontraría en la explotación forestal el refugio a su capital; sin embargo, a partir de este momento tendría que lidiar con una creciente población mestiza, de comerciantes, profesionistas liberales, artesanos y algunos pequeños empresarios, que transitaría libremente entre el medio rural y el urbano. Este grupo controlaba ya el ayuntamiento de Cocupao, el segundo centro en importancia en la cuenca, y se ligaría de manera creciente a la nueva burguesía y a la burocracia gobernante, asentada en Morelia. En cierta medida conformaría una clase media que a lo largo del presente siglo se iría complejizando y que de manera creciente le disputaría el poder a la aristocracia criolla asentada en Pátzcuaro.

De manera contundente el estado postrevolucionario se hizo presente en la cuenca a partir de la década de los años treinta. El nuevo esquema que se pretendió ordenara la vida de los habitantes de la cuenca (indígenas y mestizos), fue el de la reforma agraria, la escuela pública y el desarrollo integral de la comunidad, vía el indigenismo y la formación de cooperativas de producción. Para el régimen emanado de la revolución la cuenca se convertiría en un

espacio privilegiado para la experimentación e implementación de programas de desarrollo. ¿Por qué no cambian las comunidades y cuáles son los obstáculos inherentes al cambio en la región? Fueron las preguntas que se hicieron una infinidad de investigadores que trabajaron en la cuenca desde los años cuarenta hasta los setenta, tales como Foster, Aguirre Beltrán, Moone, Nelson, Gortaire y muchos otros. Lo que se pretendía era claro el desarrollo capitalista del área, o la capitalización de las unidades de producción y el rompimiento de las prácticas y los lazos tradicionales que, se consideraba, impidiesen ese desarrollo (los contratos diádicos y la idea del bien limitado, según Foster o las relaciones de casta, según Aguirre) . Sólo que de acuerdo con los planes y programas del gobierno cardenista y posteriormente del indigenismo integracionista este desarrollo debía ser integral y tener un contenido social (de ahí los múltiples intentos por formar cooperativas), se iniciaba con la reforma agraria, se continuaba con la construcción de caminos y carreteras y se enraizaba en la población gracias a la educación pública y al libro de texto gratuito.

En un contexto heterogéneo los efectos también fueron desiguales. Mientras que en algunos lugares el reparto agrario fue adoptado como una verdadera religión, precisamente en aquellos donde la presencia de las haciendas era importante, en otros lo único que provocó fue una serie de conflictos, entre quienes, por diversos motivos pretendían repartir las tierras que habían sido de la iglesia y que generalmente eran administradas por la misma comunidad y aquellos que veían en el reparto agrario una amenaza para la persistencia misma de las comunidades. En las poblaciones del cinturón sur-este el agrarismo fue abrasado y defendido por sobre las amenazas de la iglesia y los antiguos propietarios. Tzurumútaró, bastión del agrarismo en la región, como muchas otras comunidades cerró su iglesia y, como pocas, arrojó las imágenes religiosas al lago, todavía en épocas recientes se les conocía como “quemasantos”. En la mayoría de ellas aparecieron líderes locales y un nuevo estamento, los ejidatarios o campesinos con derechos agrarios.

La cosa fue muy distinta en las principales poblaciones indígenas (como Ihuatzio, Santa Fe o San Jerónimo) y en otras no indígenas como Tzintzuntzan y Cocupao, donde el reparto agrario era visto más bien como algo impuesto por el nuevo gobierno, y donde la influencia de la iglesia era mucho mayor. En estos lugares se dio una clara resistencia a la acción del estado, lo que ocasionó fuertes enfrentamientos entre las jerarquías cívico-religiosas tradicionales (generalmente calificados como “conservadores” o “cristeros” quienes mantenían el control de las tierras comunales) y los grupos emergentes de agraristas (la mayor parte de ellos se hallaban ligados al nuevo gobierno y, sin más, pretendían la formación de ejidos y la parcelación de las tierras comunales que habían sido de la iglesia, calificados como “agraristas”). En algunas de estas comunidades estos conflictos se siguieron reproduciendo durante la primera mitad del presente siglo, revitalizándose en cada época de elecciones locales y adoptando la forma de un conflicto faccional, cada vez sobre nuevas bases. En la actualidad la importante presencia de partidos de tradición cristiana, como el Partido Demócrata Mexicano (PDM), en Quiroga (la antigua Cocupao) y Tzintzuntzan obedece a esta escisión primaria de los años treinta.

Como parte del proyecto revolucionario para la cuenca estaba la intervención de las insituciones encargadas del desarrollo de industrias y habilidades, lo importante es que este tipo de instituciones también tenían una función ideológica: legitimar al estado partrimonialista y presentarlo como un estado benefactor; así se crean instituciones tales como el Instituto Nacional Indigenista (INI), el Centro Regional de Educación Fundamental para América Latina (CREFAL), las Misiones Culturales y una serie de instituciones cuyo objetivo central era “sacar de su atraso” a los habitantes de la cuenca. Los efectos de los programas desarrollados por estas instituciones en esa época, hoy se sabe, han sido contradictorios, desiguales y en algunos casos nulos. Sin embargo, lo que aquí nos interesa destacar es la relación de estos proyectos pioneros con dos hechos fundamentales, la aparición en la cuenca de lo que los

autores de los años sesenta denominan un importante sector cosmopolita, que se asentará principalmente en el área de Pátzcuaro y cuya presencia es hoy día bastante notable; y, por otro lado, su relación con viejas y nuevas formas y prácticas de control social; no es casual que en muchas comunidades los promotores y participantes más activos de estos proyectos fueran también, los representantes del partido oficial en la localidad, los maestros rurales, los miembros de la liga agraria, del sector femenino y también miembros del comisariado ejidal, etc., todos partes del sistema corporativo del partido oficial, quienes al final también resultaban ser los más beneficiados.

El estado postrevolucionario, en la cuenca, se convierte en el principal agente de cambio, a través de sus instituciones, y de continuidad a través de sus mecanismos de control, sobre todo de las redes que conforman el Partido Revolucionario Institucional (PRI). La complejidad de estas redes será tal, que permitirá aglutinar en el mismo partido a los campesinos agraristas, los descendientes de la élite criolla así como a la nueva clase media urbana emergente, no sólo a través de las relaciones de patrón-cliente, sino de amistad y parentesco ritual. En la configuración política de este espacio, se dará una subordinación creciente de los niveles local y regional a los centros de poder al grado que todos los conflictos políticos locales terminaran dirimiéndose en la capital del estado. Las élites gobernantes locales (Pátzcuaro y Quiroga) tuvieron que compartir, de mala gana, su precario poder con los grupos emergentes de profesionistas y comerciantes, ligados al aparato oficial, precisamente para mantenerse en el poder. El control de los ayuntamientos, cargos en el partido oficial, jefaturas de tenencia, comisariados ejidales y de bienes comunales es central para el mantenimiento de su poder económico que en gran medida se basa en la sobreexplotación de los recursos forestales, el comercio y la prestación de servicios. La construcción de este sistema de redes fue una tarea que de una u otra manera se han impuesto las distintas instituciones que se fue imponiendo en el área. A tal grado este sistema ha sedimentado en la conciencia individual que cualquier

forma de participación política tiende a reproducirlo e incluso a reforzarlo. Lo que significa que no resulta sencillo romper con estas formas de participación política, sino que los movimientos sociales y los procesos políticos tienden a renovarlas constantemente, a desechar elementos caducos e introducir otros nuevos. Esto se observa con mayor claridad a nivel local.

PROCESOS POLÍTICOS EN DOS COMUNIDADES DE LA CUENCA LACUSTRE

a) Santa Fe de la Laguna.

Como pocas comunidades indígenas la de Santa Fe de la Laguna ha mantenido por más de diez años reivindicaciones étnicas en torno a la defensa de sus tierras y recursos comunales. Por su importante presencia tanto a nivel regional como nacional el movimiento de los comuneros de Santa Fe ha sido tomado casi como un paradigma de los movimientos etno-campesinos, sin embargo a su interior no deja de haber contradicciones. Precisamente entre 1987 y 1989 la comunidad se debatía en un fuerte conflicto faccional interno que de manera automática se empalmó con los procesos electorales de 1988 y 1989.

El surgimiento del movimiento indígena en Santa Fe a finales de la década de los setenta estuvo estrechamente ligado a la presencia de un importante grupo de jóvenes salidos de las filas normalistas y universitarias que le imprimieron un nuevo sesgo a la vida política comunal. En particular se dice que fue el comportamiento político de un individuo, Elpidio Domínguez, el que convenció de manera definitiva a toda la comunidad de la necesidad y posibilidad de enfrentarse a los ganaderos mestizos de Quiroga. Se dice que antes de que Elpidio llegara nadie se atrevía a enfrentarse a los ganaderos y que éstos tenían amedrentada a la población de Santa Fe.

La reorganización de la comunidad y el enfrentamiento con los mestizos ganaderos tuvo consecuencias inmediatas para la vida comunal. Al poco tiempo de iniciado el movimiento, en 1980, la

comunidad logra el reconocimiento formal por parte del estado de sus límites, recuperando gran parte de las tierras invadidas por los ganaderos. En gran medida, la efectividad lograda por el movimiento de los comuneros permitió la reubicación política de la comunidad indígena en el sistema de fuerza regional, su presencia en las calles de Morelia, así como la de sus representantes en audiencias y negociaciones con las instituciones del estado, como la Secretaría de la Reforma Agraria y la Procuraduría de Justicia, fueron constantes y bastante visibles durante la primera mitad de los ochenta, logrando una presencia indiscutible en la escena política del Centro de Michoacán. De la misma manera se fortaleció como nunca el liderazgo político lo que a su vez tuvo efectos diversos en la vida comunal. Por un buen tiempo, el liderazgo de Elpidio representó efectivamente la voluntad comunal, en esto coincide la mayoría de la gente de Santa Fe. Esto le permitió al líder realizar algunas acciones que de manera definitiva marcaron al movimiento de la comunidad. Se realizaron importantes transformaciones en el sistema de gobierno local: desaparece definitivamente el consejo comunal (los ancianos representantes de las familias y los barrios de la comunidad) y formalmente se eleva a la Asamblea Comunal como el máximo órgano en la toma de decisiones; también se recrean los consejos de barrio para controlar los trasposos de tierras y solares y con el mismo fin se refuncionalizan a los jueces locales. Todos estos cargos deberían ser nombrados por la asamblea, en la práctica la mayoría de las decisiones importantes son tomadas por el líder. Así como Elpidio instituyó en la comunidad el asambleísmo como una forma para lograr legitimidad política, también puso en práctica un nuevo discurso político ajeno al discurso tradicional (que se basó en el respeto a los ancianos y la autoridad) en el que términos como revolución, lucha de clases, ricos, ganaderos, pobres, campesinos, comuneros indígenas, son usados como un metalenguaje que le permitió ordenar el contexto social en que se dio su movimiento político. El control efectivo del sistema de gobierno local, así como de los mecanismos legitimadores le permitía realizar algunas acciones radicales, incluso al interior de

la comunidad como enfrentarse al cura local; expropiar de todas sus tierras a las familias consideradas ricas de la comunidad y excluirlos del censo agrario quitándoles todos sus derechos como comuneros; expropiar casas, solares y cosechas a nombre de la comunidad; y, controlar los recursos materiales que por diferentes vías ingresaban a la comunidad tales como créditos, tractores, vehículos y los ingresos en dinero que por concepto de la renta de pastos a los poblados vecinos recibía la comunidad. Aun cuando fueron varias las familias que expropió y muchos los individuos que amenazó e incluso llegó a golpear por no estar de acuerdo con él, no es sino hasta 1987 cuando en torno a otro líder, un sobrino suyo, conforma una importante facción política que lo impugna y que recoge las diversas inconformidades que existían en la comunidad. En enero de 1988, la facción del sobrino ganó por mayoría la Jefatura de Tenencia; mientras que el grupo de Elpidio, miembros todos ellos del Consejo Supremo Phurhépecha Independiente, aún, controlaban los principales cargos del comisariado de bienes comunales, el máximo órgano de gobierno en la comunidad. En mayo del mismo año se dio uno de los enfrentamientos más fuertes entre las dos facciones cuando en una multitudinaria asamblea, el grupo del sobrino que eran mayoría intentó, sin lograrlo, destituir a los miembros del comisariado de bienes comunales. En este contexto de fuertes pugnas faccionales, emotivas porque se dan entre parientes, es que la comunidad participa en los procesos electorales de 1988 y 1989.

Hasta 1988, como en la mayoría de las comunidades de la región la participación en los procesos electorales era mínima, se reducía a unas cuantas decenas de votos, siempre a favor del partido oficial. Más aún, los líderes del movimiento etno-campesino en todo el estado se habían manifestado abiertamente antipartidistas pues consideraban que al presentarse en elecciones los partidos de oposición perseguían únicamente fines “electoreros”, que ni tenían ni les interesaba el trabajo en las comunidades, ya que pasando las elecciones se olvidaban de los problemas de la población, además de que con la participación en los procesos electorales le

hacían el juego al gobierno. De hecho, Elpidio se mantuvo en esa postura y durante las elecciones de 1988 recomendaba a la gente no votar. Con excepción de un pequeño núcleo de familias que tradicionalmente han sido indentificadas como priístas, al resto de la gente nunca le había interesado votar, sin embargo, como en pocas ocasiones la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas a la Presidencia de la República causó gran expectativa en la comunidad.

De Cuauhtémoc Cárdenas se recordaba en la comunidad que, siendo gobernador del estado, había intervenido para que se les restituyeran las tierras, alguna vez los había visitado y no había reprimido sus manifestaciones públicas. La facción que mejor aprovechó esta situación fue la del sobrino del líder, quienes sin participar activamente en el proceso preelectoral y sin ligarse a ningún partido en especial, llamaron a votar a favor de Cárdenas aglutinando así a la mayoría de los simpatizantes. Mientras que el grupo del líder, que en ese momento se hallaba de capa caída, se mantuvo al margen del proceso electoral, no obstante por su estrecha vinculación con el director del centro regional del INI, así como por su cercanía con la Presidencia Municipal de Quiroga eran considerados como priístas.

A diferencia de otras poblaciones aquí no se hacía mención al mito del general Cárdenas, ni se veía en Cuauhtémoc Cárdenas la solución a los problemas materiales y políticos de la comunidad. La facción opuesta al líder veía la participación en el proceso electoral como la posibilidad de insertarse en un proceso político mayor que le permitiera resolver a su favor el conflicto facional interno, deshacerse del líder y tomar el poder en la comunidad. En cierta medida, el proceso político nacional fue visto como una ampliación a gran escala de la arena política local, en el que ellos eran los cardenistas y la facción del líder los representantes del partido oficial. No es casual que los principales promotores del cardenismo en la comunidad hayan sido los jóvenes profesionistas, la mayor parte de los cuales labora en instituciones del estado, quienes mantienen entre sí lazos familiares y de comunidad, además de

vínculos laborales e intereses de grupo en cierto sector de la política estatal. Como grupo estos jóvenes profesionistas mantuvieron intereses tanto a nivel local, --por lo cual se ligaron a una de las facciones--, como a nivel estatal donde, a través de redes comunales, étnicas e institucionales llegaron a conformar un importante grupo de presión para el gobierno estatal. En la comunidad, la participación no fue a favor de ningún partido sino de un candidato y el discurso ideológico y la política nacional importó menos que la disputa política interna. Como un ejemplo de esta situación en la mañana del día de las elecciones en todas las bardas de la plaza central aparecieron grandes leyendas a favor de Cárdenas en contra de Salinas y en contra del “cacique” Elpidio, ninguna a favor de partido alguno. Además esta facción se abstuvo de participar en la toma de presidencias municipales para pedir la renuncia del gobernador y en otras movilizaciones, aduciendo que eso podría afectarles negativamente en el conflicto faccional interno.

Los resultados locales de las elecciones sirvieron para confirmar la preeminencia, en ese momento, del grupo opositor a Elpidio y el desprestigio local en que éste había caído. Sin embargo, la situación cambió radicalmente en 1989. En enero de ese año, luego de la caída del gobernador Martínez Villicaña y del ascenso del nuevo grupo de políticos michoacanos al poder, es asesinado Elpidio, en la misma comunidad por un ganadero de Quiroga al que en diversas ocasiones había enfrentado física y legalmente. La situación concreta del asesinato es aún confusa, sin embargo, lo que nos interesa destacar son los efectos que éste tuvo para los procesos políticos locales. Inmediatamente después de la muerte de Elpidio, y como parte de una estrategia generalizada por parte del estado para recuperar el terreno perdido, interviene el gobierno en la comunidad. El mismo gobernador y políticos estatales importantes se presentaron en la comunidad para ofrecer una especie de “retribución” o “indemnización”, por la muerte de Elpidio. En febrero de ese mismo año intervino el gobierno estatal y el federal para zanjar el conflicto entre la comunidad y sus vecinos ganaderos, en una acción sin precedentes se pagó a los ganaderos

para que desocupen los terrenos de la comunidad, mientras la policía judicial destruyó las cercas que éstos habían colocado y formalmente se reintegraron a la comunidad parte de las tierras ocupadas por éstos. Como parte del Plan Michoacán se ofrecieron recursos sin precedentes a la comunidad, se dijo que se introduciría el agua potable, que se darían créditos a campesinos y artesanos y que se crearía un taller de costura y un molino comunal para las mujeres de Santa Fe, entre otras cosas; empero, hasta 1990 estos recursos no habían llegado a la comunidad.

Esta situación fue aprovechada por los cercanos colaboradores del líder para reorganizar y presentarse en los procesos electorales de 1989 con más fuerza. De hecho ellos se presentaron como los herederos de los ideales de Elpidio y como los que verdaderamente estaban haciendo cosas por la comunidad, tales como: conseguir recursos del gobierno. En marzo de ese año se realizaron elecciones en la comunidad para renovar al Comisariado de Bienes Comunes, presentándose una reñida disputa que finalmente fue ganada por el grupo heredero del líder. Con la consigna de “el que gana, gana todo”, decidieron expulsar al otro grupo de la Jefatura de Tenencia, lo que provocó que durante ese año la oficina de la Jefatura de Tenencia permaneciera cerrada. Esto provocó una recomposición de las facciones, el sobrino del líder entró en un retiro temporal de la política y algunos de los jóvenes profesionistas, como individuos, decidieron ligarse al nuevo partido conformado en torno a Cárdenas, el Partido de la Revolución Democrática (PRD), la gran mayoría mantuvo una posición ambigua. Mientras que los herederos de Elpidio, todos ellos miembros del Consejo Supremo Independiente y que ahora contaban con una importante presencia local y regional y además mantenían cierta relación con el gobierno, decidieron participar con el PRI en las elecciones locales de diciembre de ese mismo año. Si bien a nivel regional el nuevo partido (PRD) se llevó las elecciones, logrando la diputación, a nivel municipal las cosas fueron distintas. El municipio de Quiroga fue el único de la cuenca que de manera clara ganó el PRI. El peso de la población mestiza y urbana sobre la indígena y rural, así como

la importante tradición conservadora del área influyeron de manera definitiva en el resultado. En comunidades como Santa Fe el porcentaje de votos bajó casi a la mitad del año anterior, no obstante el PRD obtuvo más votos en las comunidades indígenas, no así en la ciudad de Quiroga donde la mayoría de la población votó a favor del PRI. Esto le permitió al grupo del Consejo Supremo Phurhépecha Independiente tener cuatro regidurías en el ayuntamiento municipal y confirmar su dominio a nivel local. En 1990 ellos fueron los encargados de nombrar un nuevo Jefe de Tenencia en la comunidad, que de nuevo sería impugnado por la facción contraria, quienes buscarían apoyo en el PRD estatal, sin haber logrado cambio alguno. De esta manera, el grupo del antiguo líder, volvería a controlar los principales cargos de la comunidad: el Comisariado de Bienes Comunales, los Jueces locales y el Jefe de Tenencia. Sin embargo, los miembros del Consejo Supremo Phurhépecha Independiente no se identifican como priístas ni se sienten priístas, ellos justifican su actuación de manera pragmática, diciendo que hay que aprovechar todas las coyunturas que les brinda el estado para defender los intereses de la comunidad y de la etnia. Ellos mismos siguen identificando como priístas verdaderos a las antiguas familias de principales que fueron despojadas de sus tierras.

Nuestro interés en esta descripción ha sido destacar el uso que las facciones hacen de las estructuras de participación política mayor para dirimir sus conflictos como una forma de comportamiento político en el que los intereses étnicos y de localidad terminan anteponiéndose a los partidarios y de carácter nacional. En este caso la participación en los procesos electorales estuvo subordinada a los vaivén de la política local. Para los actores sociales en estos procesos políticos tiene un sentido muy distinto del que tiene en una población mestiza y que a continuación exploraremos.

b. Tzurumútaró

La situación de Tzurumútaró, por múltiples razones, contrasta de manera notable con la de Santa Fe. De las 2,250 has con que fue

dotado el ejido de Tzurumútaró, 450 corresponden al distrito de riego. Como ya mencionamos, a diferencia de otros lugares de la cuenca en Tzurumútaró se vivió de manera intensa el proceso del reparto agrario, convirtiéndose la población en uno de los baluartes del agrarismo y de la acción del estado en la región; y, por consiguiente, en un sitio privilegiado en las giras de los candidatos a diputados y presidentes municipales del partido oficial. Durante los años álgidos del movimiento agrarista, surgió en esta localidad un caudillo, Pedro Talavera, amigo personal de Lázaro Cárdenas, cuya acción política marcaría de manera definitiva el destino político de esta población. Su presencia sería notable no sólo a nivel local sino regional, en Tzurumútaró organizó a la gente para apoyar el reparto agrario y las acciones del gobierno, además, se dice que por su propia voluntad alineó las calles del pueblo, y se llevó a la comunidad el quiosco, que adornaba la plaza grande de Pátzcuaro luego de que en la fuente principal se colocó la imagen de Vasco de Quiroga. Sin embargo por su acción sobrepasaría el nivel local, llegando a organizar a toda la región sureste de la cuenca con el fin de recuperar el distrito de riego; lo que le valió para ser presidente municipal de Pátzcuaro en varias ocasiones. (Macías, 1978)

A diferencia de Santa Fe y de otras comunidades, en Tzurumútaró no se habían dado movimientos políticos importantes, desde la época del reparto agrario; como ellos mismos dicen "aquí siempre habíamos sido del PRI, nosotros siempre participábamos apoyando a los candidatos del partido". Como en pocas comunidades, a partir de que se dio el reparto agrario se reorganizó la vida social y política de la comunidad de acuerdo a la nueva estructura propuesta por el estado y heredada por Pedro Talavera. Formalmente, la Asamblea Ejidal es el órgano máximo en la toma de decisiones y los miembros del Comisariado de Bienes Ejidales son la máxima autoridad en la comunidad. En la práctica, lo que ha prevalecido es el liderazgo unipersonal de algunos individuos. Primero Pedro Talavera y luego el pequeño grupo de cercanos colaboradores quienes mantuvieron el control en el ejido. De

hecho en las últimas décadas un individuo, ahora anciano, Don Agapito Alejandre, fue quien tomó o legitimó las decisiones más importantes para la población. Don Agapito (“Don Agapo”, en Tzurumútaró) actuará como un intermediario político (representante del partido oficial, de la confederación Nacional Campesina y de la liga de Comunidades Agrarias), pero también como la autoridad moral en el pueblo, sus consejos y decisiones fueron respetadas, se trata de una persona catalogada en la comunidad como “prudente” que supo “que habría que estar bien con el gobierno pues a través de éste se obtenían cosas como tractores o créditos”; su esposa, doña Lucrecia, fue por varias décadas la representante oficial y miembro único del Sector Femenil del PRI en el poblado; en la actualidad un nieto de don Agapito está casado con una nieta de Pedro Talavera.

Tan hondo caló el agrarismo que los principales rituales en la comunidad son de carácter no religioso: el carnaval y el aniversario luctuoso de la muerte de Lázaro Cárdenas. El carnaval se celebra durante tres días, en los que hay jaripeos y dos bandas, una por cada barrio del pueblo, entre los cuales existe competencia y la expectativa por ver cual fue la mejor banda. La ceremonia del aniversario luctuoso de Cárdenas es una ceremonia de carácter más bien formal pero nos muestra el particular rol que Tzurumútaró tiene en la política regional y la importancia de los mitos del cardenismo y del agrarismo en la comunidad. La ceremonia consiste en un acto formal, en el que se colocan ofrendas florales en el quiosco, se leen o se improvisan discursos y en el que participan representantes del gobierno estatal, de la Reforma Agraria y de la Secretaría de Agricultura, personajes de la política local como diputados a la viuda del general Mújica, el presidente o el secretario del Ayuntamiento Municipal, las autoridades agrarias del ejido y los niños de la escuela local; el acto concluye con una gran comida que ofrecen las autoridades ejidales a los invitados. Esta ceremonia no es más que una representación de la renovación anual de los pactos y alianzas que entre los diferentes sectores de clase que participan en

el sistema de poder existen a través de las redes institucionales y no institucionales que conforman el partido oficial.

Como es bien sabido el reparto agrario no resolvió todos los problemas de los campesinos, los ejidatarios de Tzurumútaró, aún cuando cuentan con riego distan de obtener cosechas óptimas de los principales cultivos que son maíz, trigo y lenteja. De hecho en la actualidad ninguna familia sobrevive únicamente de la agricultura. Más del 80% de las mujeres sale a trabajar fuera del pueblo, la mayor parte se dedica al comercio de piso en el mercado de Pátzcuaro y en otros mercados regionales, para lo cual son auxiliadas por sus hijos y esposos quienes les cargan las mercancías, un grupo significativo de las mujeres que salen a trabajar lo hacen en el servicio doméstico de Pátzcuaro. Por su parte, los jóvenes prefieren migrar a las grandes ciudades del país (México, Guadalajara o Lázaro Cárdenas) donde se emplean como albañiles y, en menor medida, a los Estados Unidos donde trabajan en diferentes oficios principalmente en el campo. (Zizumbo, 1986)

Es en estos ámbitos de la política local y de la vida cotidiana, donde se dan las pequeñas luchas de los pobladores de Tzurumútaró y que sin embargo nunca habían desembocado en una acción política colectiva. Estas pequeñas luchas se manifiestan en la comunidad en conflictos velados, nunca abiertos, como el que se da entre los ejidatarios con derechos y los jóvenes y campesinos sin derechos agrarios, quienes siempre impugnan que sean únicamente los ejidatarios quienes tomen las decisiones trascendentales para la comunidad o el que se da entre las comerciantes de piso y los choferes del servicio urbano de Pátzcuaro, o los comerciantes establecidos en el mercado de Pátzcuaro. Cuando ha aparecido abiertamente el conflicto en la comunidad, generalmente se resuelven en las asambleas generales y donde la voz y opinión de "don agapo" es la que más cuenta.

Es en este contexto donde se da la participación de los tzurumuteños en los procesos electorales de finales de los ochenta. Como en otras poblaciones con importantes antecedentes agraristas, la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas prendió de manera inusi-

tada entre los habitantes de Tzurumútaro. Esta población que tradicionalmente había sido un importante punto de apoyo para el partido oficial, decide de un momento a otro embarcarse en el proyecto cardenista. Lo que implicó la desafiliación masiva de prácticamente todos los ejidatarios del partido oficial y de la CNC y la afiliación masiva, primero, al Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) y algunos otros partidos que apoyaron la candidatura de Cárdenas y luego, en menor medida, al PRD. A diferencia de los comuneros de Santa Fe, los ejidatarios de Tzurumútaro fueron algunos de los actores más activos de toda la cuenca en los procesos electorales de 1988 y 1989; fueron a Morelia, a Uruapan, a México D.F. y a algunos otros lugares dónde se presentaba su candidato. El nivel de participación logrado, así como la cantidad y proporción de votos a favor de los partidos que postulaban a Cárdenas, en especial el “de la casita” (PARM) que hasta antes de este proceso era prácticamente desconocido, fueron totalmente inusitados y sin precedentes en Tzurumútaro.

De pronto los ancianos ejidatarios, herederos de Pedro Talavera se convirtieron en los más activos promotores del neocardenismo en Tzurumútaro. Don Agapito, su mujer, su familia y prácticamente todos los ejidatarios, según decían ellos mismos, estaban dispuestos a llegar hasta “donde el ingeniero nos diga... y votar por el partido que el ingeniero nos indique”; su justificación era siempre la misma “siendo el hijo del general debe ser tan bueno como su padre”, en sus conversaciones informales manifestaban un pleno convencimiento de que Cárdenas podía llegar a ser presidente, de que todos los campesinos lo apoyaban y de que la situación en el país era muy similar a la que acá se vivía; de ahí que no les importara tanto que luego de esta rebelión el gobierno les quitara los apoyos y dejara de ayudarlos, como sabían que sucedería; luego de las elecciones también existía el pleno convencimiento del fraude electoral.

En el resto de la población el mito del general no era tan contundente; lo que si aparecía claro era la referencia al torpe desempeño que en el gobierno estatal manifestaba Martínez

Villicaña, comparado con el gobierno anterior precisamente de Cuautémoc Cárdenas; y la esperanza de que con Cárdenas se podrían corregir algunos de los errores de los gobiernos anteriores que habían llevado al país a la crisis económica, lo que se manifestaban en la comunidad en el deterioro de los niveles de vida y en la falta de oportunidad para los jóvenes. La participación de estos actores en los procesos electorales del 88 y 89, se origina en su vivencia cotidiana y en la búsqueda de solución a sus problemas inmediatos. Lo importante es que trata, así sea de manera informal y desordenada, de actuar e influir en otros niveles de participación política.

En los planteamientos generales, los campesinos de Tzurumútaró, coinciden con las capas medias urbanas de Pátzcuaro y los grupos emergentes, como los profesionistas, algunos comerciantes acomodados y el sector cosmopolita, que en este proceso tuvieron una activa participación. (La aristocracia patzcuareña se aferró al partido oficial). Entre estos sectores se conformó una amplia red, en torno al ideal de lo que piensa ser el cardenismo y sobre las bases de las relaciones no institucionales que los vinculan. La conformación de este nuevo agrupamiento político, luego de múltiples pugnas internas, desembocó en el PRD local que en las elecciones de 1989 obtuviera el Ayuntamiento Municipal de Pátzcuaro. Al frente del cual está un joven veterinario y comerciante --que en un principio se afilió al Partido del Frente Cardenista (PFCRN) y luego al PRD-- en torno al cual hay una serie de nuevos políticos y un grupo de asesores del sector cosmopolita, todos los cuales habían permanecido un tanto al margen de la participación directa en la política local. Ha sido precisamente la conformación del PRD local a la manera de un grupo de interés político que busca obtener cargos en el sistema de poder mayor, lo que ha agudizado y violentado los conflictos internos. De tal manera que en los últimos años es más notable el desmembramiento que la consolidación del partido del cardenismo, ocasionando un decaimiento y una apatía generalizada entre el importante sector campesino.

Lo que nos interesa destacar es que la participación política no se ve aquí como una búsqueda de apoyo para resolver los conflictos locales, sino como un mecanismo corrector a través del cual se puede reconstruir un sistema más amplio en que el estado patrimonialista tiene un papel central y del cual los campesinos de Tzurumútaró formaron parte por varias décadas. Existe una participación, más o menos significativa, en niveles de participación política, como son los partidos políticos, que rebasan en mucho el nivel local. Lo que no parece superarse, al menos a nivel regional, es la participación de manera corporativa que llevan a la conformación, al interior del partido de grupos de interés, que tienden a frenar el libre juego de las luchas partidarias.

SUMARIO Y CONCLUSIÓN

Hasta aquí hemos tratado de contrastar dos casos de comportamiento político a partir de varios puntos de referencia. Para los teóricos procesualistas, política es toda aquella acción encaminada al logro de un objetivo público, aquí es claro que lo que se persigue en ambos casos son objetivos públicos. Los procesos políticos en que se manifiestan son los mismos, sin embargo, los resultados y los objetivos buscados son diametralmente opuestos. Mientras que en un caso, la participación en los procesos electorales resulta ser una elección estratégica para dirimir los conflictos internos, al final los intereses de etnia y comunidad se anteponen a los de partido y nación. En el otro, la decisión de participar en la oposición en los procesos electorales, parece ser que es tomada en base a la posibilidad de reconstrucción de un estado anterior al actual. En ambos casos la memoria histórica juega un papel central, para los indígenas de Santa Fe, la participación en los procesos electorales es parte del proceso a través del cual se pretende mantener el comunalismo local sustento de su identidad étnica; para los ejidatarios mestizos de Tzurumútaró, la participación en los procesos electorales y en partidos políticos significa la reintegración a

una comunidad política que está siendo desarticulada por el estado contemporáneo, lo que además se toma como una especie de “traición” a quienes como ellos lo han apoyado. El punto que nos permite hacer una comparación entre estos dos tipos de sociedades es precisamente la calidad de la participación en las estructuras corporativas del sistema político mayor que muestra un caso y otro y el que nos explica las diferencias de comportamiento entre uno y otro. Mientras que en la comunidad indígena, el nivel de participación, en organizaciones políticas formales, es ambigua y casi nula y por el contrario existe una activa participación en la política comunal y en organizaciones etno-campesinas, no partidarias; en el ejido mestizo se observa una activa participación en las estructuras corporativas de carácter partidario que funcionan a nivel regional y nacional e incluso, parece ser que, su estructura política interna es altamente dependiente de esta participación. Como pocos momentos coyunturales estos procesos políticos nos muestran también los rumbos que está tomando la sociedad y las nuevas configuraciones que habrá de adoptar la cuenca lacustre de Pátzcuaro.